

Miéntras vivian separados, él no dejaba de pensar en ella. Ella pensaba en él, pero no con tanta vehemencia.

Fernando deseaba volver á verla siempre que estaba léjos de ella, y poco á poco notaba que se aumentaba su encogimiento para hablarla.

El cariño fraternal se trasformaba en el corazon de Fernando en amor.

En Isabel continuaba siendo cariño.

Al fin y al cabo se dió cuenta Fernando de sus sentimientos.

Acarició esperanzas é ilusiones; pero se guardó muy bien de darlas á conocer.

Podrian amenguar las expansiones, las demostraciones de afecto de Isabel, y necesitaba al ménos que fuera siempre para él la hermana cariñosa.

Inés adivinaba los sentimientos de Fernando, y en el fondo de su alma experimentaba una inmensa alegría.

Aquello era la realizacion de su sueño, y sin embargo, Fernando tenia que renunciar à tan inmensa ventura.

La causa la adivinarán mis lectores.

Inés había sacrificado sus deseos y la felicidad de su hija al agradecimiento que sentia hàcia Villejo.

Fernando se habia impuesto tambien el mismo sacrificio.

Las circunstancias que concurrieron á impulsarle á tomar esta resolucion, fueron un tormento para su alma.

Por eso habia consagrado todo su cariño á su padre.

Por eso le preguntaba con interes, con ánsia, las impresiones de sus viajes.

Por eso deseaba encontrar en la ciencia un refugio á su alma lacerada, donde pudiera hallar un dulcísimo bálsamo que curase sus heridas.

El mismo fué quien se encargó de labrar la fortuna de Isabel á costa de la suya.

CAPITULO VIII.

La gratitud.



SENTÍÓ nacer en su alma el sentimiento del amor Antonio de Villejo apénas fijó sus ojos en Isabel.

Colon le presentó á su familia con las mayores muestras de afecto.

— Ha podido agravar mis padecimientos, les dijo, y sin embargo, desde el primer momento me ha tratado con el mayor respeto, con la mayor consideracion. Ha querido romper las cadenas con que mis adversarios me han escarnécido, ha tratado por todos los medios de aliviar mi desgracia, y nunca pagaré lo bastante su generosidad.

Esto bastó para que Inés é Isabel le mostrasen su agradecimiento.

Al llegar á Granada, refirió el almirante á sus hijos lo que por él habia hecho Villejo.

Los dos estrecharon su mano con reconocimiento.

Pero Fernando, que era mas expansivo que Diego, le ofreció una leal amistad, y desde aquel dia no pasó uno solo sin que los dos amigos se vieran y se hablaran con la mayor intimidad.

Villejo iba à menudo á ver á Colon.

Dos móviles le guiaban á su morada: ver á Isabel, ver á aquel hombre que tanto respeto y tanta admiracion le infundia.

Enterados los reyes de las consideraciones con que habia

tratado al almirante, quisieron premiarle, y elevándole en su carrera, le destinaron á las guerras de Italia.

Villejo hizo lo posible por no separarse del lado de Colon.

—Poco ambicioso sois, dijo Fernando á su amigo, reconiniéndole por no aceptar aquella proteccion que le habian brindado los reyes.

—No es falta de ambicion lo que aquí me detiene, dijo Villejo; es que aquí está mi felicidad, y no quiero separarme de ella.

—¿Vuestra felicidad?

—Sí; os estimo demasiado para no revelaros un secreto que guarda mi alma desde hace tiempo.

—Os lo agradezco.

—No es tan generoso como suponeis mi deseo; hay en él algo de egoismo. Podeis hacerme un gran favor.

—Dadle entónces por hecho.

—Ved que podeis arrepentiros de esa palabra.

—No; ¿creeis que hay sacrificio que yo no arrostre por el hombre que tantos beneficios ha dispensado á mi padre? Si necesitarais mi vida, os la daria.

—Gracias, Fernando, gracias, dijo Villejo estrechando su mano con efusion; teneis el corazon más generoso de la tierra.

—Hablad, que estoy impaciente por saber vuestro secreto.

—Vos me comprendeis mejor que nadie. El amor me tiene preso en sus redes.

—¡El amor!

—Sí, el amor; ese dulcísimo sentimiento que inunda nuestra alma con la luz de la fe, se ha despertado en mí y no vivo ni sosiego, porque la esperanza y la duda me combaten.

—¿No sois correspondido?

—Lo ignoro.

—¿No habeis hablado con el objeto de vuestro cariño? ¿No conocé vuestros sentimientos?

—Ha debido adivinarlos.

—¿Y vos, á vuestra vez, no habeis adivinado si participa de ellos?

—Temo que la ilusion me engañe; pero ya no puedo vivir más tiempo sin entregarme á la alegría, á la felicidad ó al dolor del desengaño. Vos podeis ayudarme á salir de esta situacion.

—¿Yo? exclamó Fernando, al mismo tiempo que una idea que cruzaba por su imaginacion le heria su alma.

—Vos, sí.

—¿Y de qué manera?

—Siendo un hermano para mí.

—¿Dudais de mi afecto?

—No, no dudo; por lo mismo os dirijo esta súplica.

—Hablad con entera confianza.

—Perdonad, Fernando, el atrevimiento; pero sabed que amo á Isabel.

—¿A Isabel? exclamó, procurando dominarse.

—Sí; he descubierto en su primera mirada los tesoros de felicidad que guarda en su alma, y si ella no me amase, correria á buscar la muerte, porque sin ella no quiero la vida.

Instantáneamente pensó Fernando en la gratitud que le debia, y no vaciló en aceptar el sacrificio.

—Habeis fijado vuestros ojos en un ángel, le dijo.

—Lo sé.

—Yo os ofrezco contribuir á vuestra ventura, porque sois digno de ella.

—¡Oh! Dadme vuestra mano; permitidme que la estreche con toda mi alma.

—Vuestra felicidad será la mia, dijo Fernando con un acento en cuyo fondo se veia la tristeza de su corazon.

tan bueno, tan generoso y tan honrado, sentia afecto hácia mí; y más que nada, la gratitud por los beneficios que ha dispensado á tu padre, me han motivado á quererle, á desear su felicidad.

—Te comprendo y te admiro, dijo Fernando; yo, por mi parte, deseo que seas con él dichosa. Sólo un favor te pido, y no me lo negarás.

—¿Cuál?

—El que me quieras siempre como á un hermano.

—¿Puedes dudarlo?

—No; pero el amor lo avasalla todo, es intransigente; llega á ser egoísta, y hace olvidar al hijo la gratitud que debe al padre, y separar al hermano del hermano.

—¿Has amado tú tambien?

—No, yo no he amado; me basta tu cariño y el de mi padre.

—¡Oh! Algún dia amarás tambien, y entónces tendré yo que hacerte la misma súplica.

—No, no amaré nunca.

—Eso no puede decirse.

—Yo sí, el amor ha muerto en mi alma

—¿Cómo? ¿Has sufrido algun desengaño, algun pesar?

—No intentes averiguarlo: es el único secreto que tendré para tí toda mi vida. Si quieres aliviar la desgracia que siento mi alma por no poder amar, no olvides la promesa que me has hecho de conservarme siempre el cariño de hermana.

Aquel mismo dia manifestó Fernando á su amigo Villejo la dicha que le sonreía, y no contento aún, desgarrando su propia herida, habló á su padre y á Inés.

Inés sacrificó tambien sus deseos á la gratitud.

Pero comprendiendo á Fernando:

—Hemos cumplido un deber, le dijo, y sin embargo, está triste tu alma. No me lo niegues: ¿amabas á Isabel?

—Sí, madre mia, sí, dijo Fernando.

—Lo he adivinado, y mi mayor ventura hubiera sido vuestra union.

—Que ignore siempre este secreto.

—Pero tú sufrirás.

—No, porque para desahogar mis penas tendré siempre vuestro cariño.

Ines le recibió en sus brazos.

La ventura parecia sonreír á Isabel y á Villejo.

Colon, sin descubrir el secreto de su hijo, sin comprender cuáles eran los motivos de su entusiasmo por la ciencia, estaba tambien muy contento al pensar que Isabel iba á pagar con su cariño los beneficios que le habia dispensado.

Aquella ventura debia, sin embargo, hallar obstáculos.

Una mujer infame habia jurado vengarse de Inés.

No la perdía de vista y queria herirla en lo que más ama una madre en el mundo: en su adorada hija.

Aquella mujer era la gitana que en su juventud la habia perseguido.

Pero ántes de saber lo que hizo en contra de su enemiga, vamos á ver los medios que empleaban los adversarios de Colon para recuperar lo perdido.